

GALERIA DE PINTURAS.

ESCUELA ESPAÑOLA.



(Eliezer y Rebeca. — Cuadro de Murillo.)

Cosa bastante difícil es para los que han examinado las grandes obras de Murillo, el formar una idea cabal de sus estilos. Por las de su primer tiempo, podrá colocársele solamente entre los naturalistas; pero en las del segundo se advierte que siguió el estilo gracioso y se acercó no pocas veces al de la belleza, como se puede comprobar, viendo sus hermosos cuadros que existen en Sevilla, y de los cuales nos proponemos dar los contornos en nuestro SEMANARIO.

El asunto que forma la composición del cuadro que nos ocupa, ha sido tratado por dos distinguidos artistas, el pintor italiano Lucas Giordano, y el francés Nicolás Poussin; si bien el primero consultó poco los trajes y costumbres orientales. El cuadro de que es copia fiel el grabado de este número, representa á Rebeca dando á beber agua de un pozo á Eliezer, mayordomo de Abraham. Murillo siguió en él exactamente el texto de la Biblia, y representó á los personajes con toda la sencillez propia de un pueblo pastor.

AÑO VIII. — 5 DE MARZO DE 1843.

Rebeca sostiene con ambas manos la especie de cubo con que da de beber á Eliezer, al paso que otras tres jóvenes parece que están absortas mirando la acción de su compañera. Todas las actitudes son variadas, y contrastan tanto por el color como por el ademan. Descúbranse á cierta distancia los camellos de Eliezer, y en el fondo algunos árboles y una población, terminando el horizonte en unas montañas. El terreno tiene en los planos anteriores un verde sombrío, y el color del cielo es por el contrario azulado, con algunas ligeras nubes que se deslizan por él.

Pintó Murillo este hermoso cuadro en Sevilla, desde donde lo hicieron trasladar al Real palacio de San Ildefonso Felipe V y su esposa. Está pintado con mucho primor y arte, y se descubren en él la perfección, el gusto y el estilo naturales de aquel ilustre pintor.

Actualmente existe este cuadro en el Real Museo de Madrid. Tiene de ancho cinco pies, siete pulgadas, y de alto cuatro pies.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LEVANTAMIENTO DE BARCELONA EN EL SIGLO XVII.

(Artículo III.) (I)

A las repetidas ocasiones de los disturbios y de las ofensas, crecía con la furia y el encono de los catalanes el movimiento y la agitacion de Barcelona. Andaba mas viva que nunca en las plazas y en las calles la plática de los asuntos públicos, encaminándola cada uno á su intencion y antojo; y en los corrillos y grupos de la desocupada plebe, no se oía otra cosa que clamar por la libertad del país oprimido á merced de los castellanos, y desear la pronta ruina de Santa Coloma que los protegía. Asistían á la sazón en la capital, además de la tropa que la guarnece, una porción crecida de oficiales y de capitanes del ejército, que esperaban en Cataluña la próxima campaña de la guerra de Francia, y descontentos los naturales de su presencia y hospedaje, eran continuas las desavenencias y riñas que acontecian. No habia pública diversion, ni sociedad privada donde no se temiese ó llorase algun lamentable caso; la fidelidad sensata que mucha parte de la milicia profesaba al Monarca, era tenida en la capital por aborrecible oficio; la bizarra galantería de la oficialidad castellana se tomaba como libertad é insulto; los servicios bien intencionados de los soldados que deseaban la fraternidad, se desechaban como ociosos; y llegó á tanto la animosidad y el aborrecimiento contra estos, que se vieron aislados, despreciados y perseguidos, deseando dejar el suelo de Cataluña, y volver á los pueblos tranquilos y hospitalarios de Castilla. La sombra de la noche encubría las mas veces el horror de la traicion y de los asesinatos, que luego la luz del nuevo día presentaba con toda su deformidad á los aterrados huéspedes, y perdido en estos el militar espíritu por tan continuos riesgos, mas que á la defensa atendían á la fuga. Así, pues, unos se escondían en los parajes mas ocultos, por no presentarse al pueblo que los aborrecía; otros, fingiéndose enfermos, buscaban la seguridad en los hospitales; varios, mancillando su espíritu esforzado, desertaban de las filas para restituirse á sus hogares; y todos, ó descontentos ó indignados, maldecían el país donde tan malos tratamientos hallaban.

Orgullosa la plebe de Barcelona por el ascendiente que habia tomado sobre los individuos del ejército, que ni las órdenes del Virey ni los esfuerzos de los concellers de la ciudad bastaban á contener; se levantó al fin tumultuosamente el día 12 de Mayo de aquel año, y con actitud aterradora y amenazante, principió á discurrir por las calles y las plazas públicas. Las tropas se retiraron á sus cuarteles, las guardias se apercibieron en sus puestos, el Virey Santa Coloma reunió

en su palacio el consejo de algunos capitanes, y el desenfrenado pueblo entretanto, atropellando las centinelas de las cárceles, rompió sus puertas y sacó en triunfo á los diputados que se hallaban presos. A la vista de tan inesperada victoria, los gritos de muerte y las voces sediciosas se oyeron por toda Barcelona; la faccion engreída, aumentó su ferocidad y audacia, y el revolucionario tumulto se ostentó horriblemente. En vano intentaron algunos buenos servidores del Rey y varios delegados de las autoridades oponerse con sus exhortaciones y diligencias á la tumultuosa sedicion: unos fueron despreciados y escarnecidos, y otros perecieron víctimas de su arrojo. Algunos avisos que recibió el Virey le advirtieron que los revolucionarios trataban de acometer su palacio y la casa del Marqués de Villafranca, por lo que en tan apurado trance se retiraron ambos, asistidos de varios soldados, concellers y caballeros, al fuerte de Atarazanas. Permanecieron en él mientras duró el escandaloso motin, y salieron al cabo libres despues que se terminó aquel primer ensayo de la revolucion.

Al pueblo mas audaz y desentrenado se le contiene con el oportuno rigor de las armas y la severa aplicacion de las leyes; pero dejando impunes sus primeros excesos, ya es difícil despues el dominarlo, y en algunas ocasiones casi imposible conseguirlo. Así, pues, arrogante la plebe de Barcelona por el éxito victorioso, obtenido sin obstáculo alguno en aquel día, determinó la continuacion de la obra que tan prósperamente habia empezado.

Estos notables acontecimientos, y la entrada del mes de Junio, época en que por uso antiguo de la provincia bajan los segadores á Barcelona, reunieron en la capital á un crecido número de gentes, atraído ya por la novedad de los sucesos, ya por la disposicion á la rebeldia. El estado de las cosas hizo mirar con temor al Virey la llegada de los forasteros, y á pesar de su descrédito y de la posicion arriesgada en que se hallaba, trató de prevenir el daño, manifestando al consejo de la ciudad le parecia conveniente no permitir la entrada á los segadores; porque en la próxima festividad del Corpus podían, con menoscabo de la devocion y reverencia, promover algun desorden en union del pueblo que tan inquieto andaba. Los concellers, considerando espuesta la medida que se les proponia, ó lisonjeándose interiormente con la repeticion de las revueltas que habian de dar la libertad al país, hicieron presente al Conde de Santa Coloma que los segadores eran hombres sencillos en su trato, y estimables por el trabajo que prestaban en los campos; que el tomar la determinacion de cerrarles las puertas de la ciudad, causaria en ellos y en el pueblo de Barcelona una impresion desagradable que acaso produjera nuevos alborotos, y que no dudaban que aquella rústica multitud se acomodaria dócil á las órdenes que recibiese. El Virey, impulsado por la consideracion del grave peligro, y queriendo usar del rigor y la dureza que en otras ocasiones habia empleado, repitió imperiosamente la propuesta, espresando los muchos males que de recibir aquella gente podían seguirse; pero el

(I) Véanse los dos números anteriores.

Consejo de la ciudad contestó por segunda vez, que él no se atrevía á mostrar tal desconfianza á sus naturales; que algunas compañías ciudadanas de su devoción que ya estaban preparadas, servirían para calmar el disturbio, si lo hubiese, y que donde su fuerza no alcanzara, debían emplearse las del ejército como principal encargo de su oficio; á cuyas razones no pudo Santa Coloma resistirse, teniendo que ceder mal de su grado, por no rogar á los concellers lo que hubiera deseado poderles hacer obedecer con su mandamiento.

Lució por fin el 7 de Junio, día que en aquel año celebraba la iglesia la Institución del Santo Sacramento, y continuó por toda su mañana la entrada de los segadores hasta el número de dos mil y quinientos, viniendo mucha parte de ellos, según se asegura, acompañados de armas como apercebidos para el intento.

Llenáronse los ambitos de la ciudad de aquella gente desalmada y feroz, y en union con la plebe turbulenta principiaron desde luego á discurrir por las calles en grandes pandillas y á reunirse en grupos, hablando de las violencias del Virey, de la prision de los Diputados, de los intentos de Castilla, y de la vituperable licencia de la milicia; y encendidos de cólera y ganosos de alborotos, prorrumpían en dieterios y amenazas contra Santa Coloma, alzaban con aplauso voces subversivas, y llenos de furor y de impaciencia, provocaban con insolente mofa á los castellanos que hallaban al paso. Alarmada mucha parte de la poblacion con estos síntomas, corrió diligente á encerrarse en sus casas, y á pocas horas, creciendo el tumulto, se agitaron desordenadamente naturales y forasteros en distintas direcciones. Los castellanos se apresuraron á ocultarse del público encono en los lugares mas escondidos, los catalanes hacían gala y ostentacion de las armas, y los ministros de justicia trataban con vanas diligencias de atajar el levantamiento.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando uno de los segadores sediciosos, hombre señalado por lo facineroso y cruel, provocó la cólera de uno de los ministros inferiores de justicia, resultando de aquí una ruidosa contienda entre ambos, de la cual salió el segador herido. Alborotáronse sus compañeros al verle tan mal parado, y llenos de enojo acometieron al ministro y á los que le acompañaban, dando grandes voces y vomitando injurias. Formáronse pronto con este motivo dos partidos en la plaza pública, y pelearon esforzadamente, aunque siempre con mejor fortuna el de los segadores. A vista de tan revuelto combate, las soldados que guarneceían el palacio del Virey intimaron á los alborotadores el despejo, y viendo que no lo verificaban dispararon sus armas de fuego sobre el grueso tumulto, dejando á muchos tendidos en el sitio de la refriega. Dispersáronse con esto los combatientes; pero prorrumpieron en tales clamores y alaridos de furor y venganza, que alborotada toda la poblacion contra la milicia, no se oía otra voz que la de *Viva Cataluña, y muera el gobierno de Felipe IV.* Cundió la nueva de este suceso por toda la ciudad, y apercebidos y resueltos sus vecinos, clamaron por la libertad del país oprimido, y se prepararon desde sus casas y en las

calles para ofender de todos modos á los aborrecidos enemigos. Desde aquel momento la confusion y el espanto, el temor y la duda ocuparon el ánimo de la gente sosegada y pacífica; y formidable la revolucion con su cabeza levantada, se arrojó sin freno ni respeto alguno á saciar con sangre la sed ardiente que hacia tiempo abrigaba. Las autoridades, amedrentadas y confusas esperaban por momentos la muerte; las tropas, desorganizadas y sorprendidas, no hacían nada para restablecer el público sosiego; y los audaces sediciosos, denostando con mil dieterios á los castellanos, buscabanlos con ansia, y allí donde los hallaban les arrancaban cruelmente las vidas.

No contentos los amotinados con haber conseguido tan funesto triunfo, se dirigieron en grandes grupos al palacio del Virey con el intento de circunvalarlo, y de arrebatár la anhelada presa que debía ser pasto de su rencoroso apetito. Así que las voces de la plebe y sus aclamaciones frenéticas dieron noticia á los ministros de justicia y á los concellers de tan temerario propósito, acudieron presurosos al lado de Santa Coloma para aconsejarle y defenderle en tan estremo peligro, cuya officiosa diligencia, con la variedad de los pareceres y las indicaciones del riesgo, mas ayudó á la confusion que al acierto. Despues de discurrir sobre las medidas que la situacion reclamaba, determinóse que saliese el Virey con toda brevedad de Barcelona, pues no estaban ya las cosas en estado de que su autoridad pudiese remediarlas. Dos galeras genovesas que se hallaban en el puerto le daban aun al Conde esperanza de salvacion en tan apretado trance; y así los concellers y algunos ilustres ciudadanos le rogaron, que aprovechando aquella oportunidad le quitase á la turba desenfrenada la ocasion de cometer un escandaloso crimen. El Virey escuchó con ánimo turbado y dolorosa inquietud las nuevas terribles que de su suerte le traían, y dudoso entre el partido que habia de tomar, estuvo largo rato vacilando sin resolverse á nada; pero cobrado despues de su sorpresa, y revistiéndose de la dignidad de su alto carácter, desechó los consejos de los asustados ministros manifestándoles, que su deber era no desamparar á la provincia en tal aprieto, y que la partida que se le proponia seria ofensiva al decoro de su autoridad, por el cual debía sacrificar la vida defendiendo á su Rey, y no abandonar el mando impulsado de temor. Opusieronle algunas objeciones los concellers, pintándole las aciagas consecuencias que podia traerle tal determinacion; pero firme en ella, y no queriendo por ningun título separarse de Barcelona con mengua de su nombre y concepto, despidió el Conde de su presencia con desabrimiento á todos los que le acompañaban, y se resolvió animoso á esperar en el palacio, ocupado del ejercicio de su autoridad, los arriesgados trances de su fortuna. El peligro era inminente y se estrechaba por momentos; pero confiado el Virey en su antiguo prestigio, ó no creyendo temibles las demostraciones alarmantes de la plebe, principió á dictar órdenes y á dar disposiciones, ya instruyendo verbalmente á sus capitanes, ya escribiendo los mandamientos que creia mas conducentes para restablecer

la tranquilidad; pero ni sus palabras ni sus escritos hallaron en ninguna parte obediencia: y así sus sugestiones honrosas y su firmeza no fueron otra cosa que el desesperado esfuerzo de un ánimo noble y pundonoroso.

Fatigado al fin de su inútil ejercicio, conoció el triste Santa Coloma su situación: desmayó en sus intentos, y viendo que su voz era desoída y su autoridad despreciada, quiso por última diligencia satisfacer ingenuamente la queja del pueblo dejando en sus manos el remedio de las cosas públicas; pero esto ya no le fué posible conseguirlo; pues orgullosos los amotinados no quisieron deberle por gracia lo que ya ellos habían tomado violentamente. A vista de tales desengaños y desaires, y conociendo que su asistencia en la ciudad era infructuosa, se dejó vencer de la consideración del peligro y del natural instinto de salvar la vida, y solo trató de huir, lisonjeando con su partida las miras de la implacable sublevación. Intentólo decididamente, saliendo con cautela de su palacio; pero ya era tarde para lograrlo. Ocupados por los sediciosos el fuerte de Atarazanas y el baluarte del mar, habían obligado á cañonazos á que se alejaban gran trecho las galeras genovesas, y el salir á buscarlas á la marina no era posible sin una grave exposición. Impracticable este arbitrio, volvióse aceleradamente el Virey hacia su palacio, seguido ya de pocos, á tiempo que las turbas amotinadas con grande tumulto y á fuerza de armas atropellaban las puertas, pidiendo su vida con fuertes clamores. Al escuchar aquellas voces desentonadas y atronadoras, reconoció el Conde con sobresalto y amargura su postrer peligro; y depuestas sus obligaciones de general y vencido fácilmente de sus afectos de hombre, decidió salvarse á todo trance, regresando al muelle para conseguir embarcarse. Mandó con este objeto adelantar á su hijo adonde una lancha, con grande exposición les aguardaba. Embarcóse este para esperar á su padre, pero rechazada la nave de la orilla por los tiros continuados de la muralla se entró en la mar con el desesperado mozo dentro y algunos otros que le acompañaban, sin que ninguno de ellos bastase á contener á los remeros, que deseando ponerse fuera del tiro de los baluartes bogaban afanosos hacia las distantes galeras. Llegó el Virey con el anhelo de salvarse á la playa; pero quedose en ella mirando con lágrimas en

los ojos al esquife que se alejaba y contemplándose en su desdicha abandonado hasta de su propio hijo. En tal situación turbado, afligido y desamparado de todos, viendo su perdición segura, se dirigió con inciertos pasos á las peñas que llaman de San Beltrán, camino de Menjú, por si la soledad de aquel sitio le podía ofrecer algún abrigo en su desgracia; pero acechado y conocido por los que se hallaban en el fuerte de Atarazanas y en la muralla, dieron pronto aviso á los sediciosos que rabiosamente le buscaban, y saliendo estos en gran tropel de la ciudad le alcanzaron en el camino. El desdichado Santa Coloma al verse en tal conflicto cayó en el suelo postrado de congoja y desmayo, y los furiosos amotinados entonces le dieron muerte con seis puñaladas en el pecho.

Este fué el éxito desastroso de D. Dalmau de Queralt, Conde de Santa Coloma y Virey del Principado de Cataluña, del hombre poderoso y temido que para escarmiento de la ambición y de la grandeza se le vió en aquel mismo suelo objeto en muy corto tiempo de respeto, de envidia y de conmiseración.

Regocijada la turba revolucionaria con su vencimiento corrió en desorden por toda la ciudad, buscando con fiereza en los soldados castellanos nuevas víctimas que sacrificar á su encono. Entró en las casas de los principales jueces y ministros reales, y ya que no encontró en ellas á sus dueños las dió al estrago y al saqueo, señalándose principalmente en la habitación de D. García de Toledo, Marqués de Villafranca y general de las galeras de España, al que aborrecían los sediciosos por la influencia que había tenido en los asuntos del Principado. Seguía la matanza y la sangre se derramaba á torrentes, al mismo tiempo que parte de la furiosa plebe discurriendo por las calles y las plazas con grande alborozo y gritos llevaba en hombros entre vivas y aclamaciones al diputado Francisco Tamarit y á otros concellers.

Los perseguidos castellanos ahuyentados y temerosos querían huir en vano de sus feroces enemigos; reunidos en corto número eran vencidos en cuantas ocasiones intentaban pelear; y buscados en los sitios mas ocultos de la población se veían arrastrados á la muerte con el furor mas encarnizado. No había para ellos en ninguna parte consideración ni amparo, y hasta el convento de San Francisco, donde se refugiaron muchos, fue violado por los amotinados, que desoyendo las amonestaciones de los caritativos religiosos convirtieron su sagrado recinto en horroroso teatro de sangre y de crueldad. En aquel día de escándalo y de confusión viéronse en Barcelona, según dice la historia, los hechos mas inauditos y atroces que pueden referirse, porque no satisfecho el odio con la numerosa mortandad, buscaba por deleite nuevos modos de verificarla.

La noche cubrió con sus sombras el repugnante cuadro de tantos delitos, y sus desenfadados autores ó satisfechos ó cansados pusieron término á su ferocidad. Al siguiente día despertó la ciudad pavorosa y atemorizada al recordar tales escesos, y llena de confusión y de tristeza se reunió en el templo á celebrar con luctuosa pompa los funerales del Virey.

La diputación de la provincia ofreció en edictos y pregones considerables premios al que descubriese al homicida de Santa Coloma, é inmediatamente dió cuenta al Rey Católico de los tristes acontecimientos del día del Corpus.

Así la imprevision de los consejeros de Felipe IV, y la libre conducta de la milicia mal gobernada escitó la feroz condición de los naturales cuando no tenían fuerza con que sugetarla. La Corte y España toda miraron con indignación y sorpresa los escándalos de Barcelona y la muerte de su Virey, sin imaginar acaso que tan lastimosa tragedia era solo el principio de la revolución de Cataluña.

JUAN GUILLEN BUZARAN.

COSTUMBRES POPULARES.



DE JEREZ A CADIZ.

EL AJUSTE DE LA CALESA.

«Una calea, mi amo?»

EL CURIOSO PARLANTE.

Por mas que digan, no hay carruage como una calea; callen las carretelas, los landós, los tilburís, las diligencias, los coches de vapor, los trineos; callen todos esos muebles, donde está una calea con su forro de damaseo acolchado, su cubierta de quita y pon como la mantilla de una andaluza que ya está en la cabeza, ya en los hombros, con su zaga colorada, sus ruedas lijeras y pequeñas, su caballo avisado, lleno de cintas y alamares colorados, su caletero alegre, decididor y aficionado á remojar los cantares y votos en todas las ventanillas. Verdad es que una calea se vuelca con el viento; pero se levanta como un siempreño, y al fin no se pierden de todo, que la compañía á veces vale la pena, y un vuelco tiene muchos lances. Nunca se llevan en una calea, como en la diligencia, á los lados un pretendiente hambriento y un comisionista con aire de Lord ó Par, y enfrente una vieja con nietecitos y perros, ó una romántica con nariz de cotorra que suspira á lo Arlincourt; si acaso, va un terne de buen palique ó una

hembra que pide guerra, y luego como es menester estrecharse, y el camino está tan pedregoso, el carruage ligero y flexible como un junco de vaivenes, y hay empujones y... vamos no quiero seguir la apología de mi mueble favorito, porque te creo ya propicio, caro lector: mas por si acaso vas á mi tierra alguna vez, y llevado de esta afición ajustas alguna para ir de Jerez al Puerto, oye unos consejos morales que la experiencia... pero mejor será contarte lo que me pasó cuando era novato como tú, y mas aprenderás que con áridas reflexiones á lo teólogo.

Pues Señor, llegué á Jerez (cómo ni cuando no te interesa) descanse, comí, vestime y salí á la calle con intención decidida de saber á qué hora iban y venian los vapores del Puerto á Cádiz. Jerez, es una ciudad variadísima y llena de contrastes; las casas bellamente decoradas y las tiendas lujosas de quincalla y ropas, desuellan al lado de los puestos de vino y del pescado frito que dorado en las blancas fuentes, dice á voces comeme; los sesudos alemanes, los frios ingleses y el serio holandés, van codeándose con los caleteros, los tunos de playa y los decididos en chistes que se educaron en las lanchas de Cádiz ó en las tabernas de Triana; y los sombreros elegantes, el blanco cutis y los ojos azulado de las francesas, suelen perder mas de una mirada por la interposicion de una mantilla y de aquellos cuerpos zandungeros que Dios echó al mundo para dar penas á los mortales.

Los cafés son un compendio de las calles: entré en uno para ver los anuncios de los vapores y en una sala lujosamente adornada á la inglesa habia tres hijos del Tamesis con lácios calañeses y chaquetas, que les sentaban como á un Cristo un par de pistolas, ocupando todo el tránsito con sus enormes piernas y llenos de esplin en virtud de haber apurado seis botellas del seco. Mas allá tres toreros y el patron de un falucho que turbaban el silencio con careajadas, votos, interjecciones é indirectes del Padre Cobos á sus vecinos.

Sentéme, pedí vino, me sacaron una caña en aquellos vasos esbeitos, conocidos tan solo en Andalucía baja; y para solaz del espíritu el Jerezano, periódico diario que es el baldon de la tipografía española y cuyo testo es digno de tal traje. Busqué las noticias locales, y entre ellas, en efecto, dí con el anuncio que marcaba las entradas y salidas de los vapores; pero euántos trabajos tuve que pasar para saber algo de cierto!!! Unas letras acostadas, otras dormidas, los números eclipsados y los renglones en escalerilla ó perdidos en enormes arrugas; al fin, descifrados tales geroglíficos, adiviné que á las cuatro de la tarde salia el Betis para Cádiz.

Mis negocios eran urgentes, me levanté, y mirando á la muestra del café, pues por desgracia no soy persona decente, ví que la manecilla estaba fija en las dos (despues supe que desde que existia el reloj señalaba la misma hora porque era de perspectiva y el minutero estaba clavado). En el momento tomé las de Villadiego en busca de una calea para que en volandas me condujese al Puerto de Santa María.

No hube dado tres pasos, cuando se me acercó un

mozo con cara cándida, y me dijo: «Zeñorito, vaze al Puerto?—Hombre, sí.—¿Quié zumersé un borriquito?—No, busco una calesa.—Mie sumersé que es mas avispao que un estudiante, lo mesmito corre que un relámpago.—Ya he dicho, hombre, que busco una calesa: (y lo aparté con la mano, porque no me dejaba andar).—Zeñorito, pá el equipage; tié mas poer que un fraile.—(Y se me puso otra vez por delante metiéndome los dedos por los ojos).—Si no tengo equipage.—Eso es brosa; pero si quie calesa, coche; pá el pueito, pá Chiclana: yo le buscaré á sumersé un carruage que diga, olé.—Callé y admiti por ver si así me deshacia del oficioso traginero, y creyendo tambien de buena fe que podría servirme de auxiliar.

Apenas anduvimos dos pasos por la acera izquierda de la plaza mayor, y antes de llegar á unas cocheras embutidas de calesas como paquetes de cigarros, salieron á nosotros tres ó cuatro caleseros. El delantero traía un sombrero calañés chiquito, con el ala recogida, grandes borlas en el costado, y puesto en la coronilla; caían sobre su frente y sus ojos unas greñas lácias, que de cuando en cuando se apartaba con el pulgar; era mediano, robusto, moreno, de cejas espesas y patilla de boca de jacha; llevaba calzon largo, zapato blanco y chaqueta burda con forros de bayeta de grana, y grandes ramos en la espalda y coderas de colores pajareros: á este pues se dirigió mi guía, y dijo guiñando un poco el ojo derecho.—«Comparito, el Zeñon es mu cabal, y no repara en *párnés*. Busca una calesa á satisfacion; conque no igo ná.—Basta, camaraita, que osté haya venio á mi, pá que no lo ego feo. Pintao, porque yo me yamo Pintao, pá servir á su mersé (dijo el calesero quitándose el calañés con pulcritud); ziempre está pá servi á los amigos.—Zeñorito, no se lo igo á osté?... y qué bestia va sumersé á yeva!!! (añadió el conpinche).—Una yegua nuevesita, mas reonda que un cuarto (dijo el Pintao); en yo sonando la traya, jabla latin que es la lengua é los curas... ¿Y la calesa?... osté la ha visto, comparito (dirigiéndose al camarada); no es verdad que mas serena que un coche? No la ziente ni la tierra.—Hombre (le interrumpi) lo que necesito es que sea pronto, qué quiero estar alli antes de las cuatro.—Y antes que se presine un cura loco; vamos á remojar la palabra, y jala.—Hízome en este instante una seña el que me acompañaba, y añadió con cierto misterio.—«Dele sumersé aunque sea una pezeta pá que beba, porque es el amo é lo gueno... y antes que lo piye otro, que al fin y al cabo... vaya, bastante hemoz jabla».—Alargué, incauto de mi, la mano á mi bolsillo, y les puse una blanca moneda de á cuatro en sus palmas, apremiándolos á que viniesen pronto.

Retiráronse como dos pasos y se entraron en casa de un montañés.

Pronunciaron al mismo tiempo detras de mi en voz alta mi nombre, y yo incautamente volví la cara; entonces uno de los caleseros se desprendió del umbral de una cochera, y se vino hacia mi lleno de alegría, diciéndome: «Válgame Dios, ¡on José, cómo! no se acuerda sumersé ya é mi!... Yo soy el Zorribo, que yevó á osté

el año pasao á los toroz, con aquella jembra, guena chica; y cómo le gustaban los buenos mosos! Ya ze ve y zumersé la obligaba con salero, y ella queria saragata.—Hombre (repuse admirado), si yo no he estado en el puerto nunca!—Quia!! zeria... un hermano, porque ze le parecia como un guevo á otro; un poquito mayor era, y que zugeto!—Mi hermano? qué hermano?... si soy el único de mi casa—Entonces naita, zera cazualia; como zumersé tiene una cara tan campechana, yo creia... Pero quie zumersé una calesa que diga soleá? una calesa é lo que no hay po esta tierra? Ya está jecho (dijo asiéndome del brazo y entrándome en una cochera); mus vamos á dir en un tris. Guelva zumersé la mirá, y límpieze ezoj ojoj para vé eze potro; eza eza una fiera (y me señalaba un jaco con mas huesos que guisado de huesped, y mas alicaído que burro de aceitero).—Estoy ya comprometido (añadi, cuando calló el charlador calesero).—¿Con quié? ¿con el Pintao? (repuso presto) ¿Mie zumersé que va á roar; dies veces ha volcao en este mes, y somos uno; son una caña cascá zuz bestiaz, y zu calesa un violin de ziego... Eze que venia con el ez un tuno; que aqui, zeñorito, hay muchos puas, y como zumersé tiene cara é rumboso...»—Seducido estaba casi mi espíritu por aquella elocuencia, de que no tratan Hermosilla ni Granada, pero que es muy poderosa, cuando llegó el Pintao con un ojo acostado, otro dormido, y el juicio algo *calamocana*.—«Vamos á dirnos, zeñorito, (dijo con voz estrapajosa, y deje á eze pelele.—Zi ya está ajustao conmigo (repuso el otro agarrándose de la mano).—Tu, Zorribo, estas mategarnó; venga zumersé que enganchó (y tiraba el Pintao de la otra mano).—Señores (dije procurando desasirme) dejénme ustedes hablar, y no tiren, que me van á partir en dos: estoy ajustado con el señor (señalando al Pintao) y con él me voy, que es tarde.—Bien tirá, eche zumersé á andá (añadió el agraciado), que jabla como un libro.—Puz ezas no zon partias (dijo el Zorribo, poniéndose de por medio).—Apártate (asiéndolo de la chaqueta el otro) mira que aqui va á haber una esazon.—Quitáimelo é ensima, que me pierdo» (contestó el Zorribo con aire baladi).—Y en esto acudieron otros, metiéndose todo á baráto, hablaban á un tiempo, me empujaban, me magullaban con sus acciones oratorias, y se miraban de alto á bajo con aire terrible; cruzábanse las palabras, las interjecciones, los votos, y mas de un látigo estaba levantado ya cuando dieron las cuatro. Declaré entonces á fuerza de desgañitarme que la disputa debía cesar, pues no me iba por haberse pasado la hora.

Aumentó esta atrevida interpelacion el calor del combate; pero todos los fuegos se dirigieron combinados contra mí, rodeándome aquella cohorte de demonios, atrojando mis oídos con sus gritos y estropeando mis costillas con sus acciones oratorias. Entró á este tiempo en la cochera, teatro de tan cruel escena, una calesa de retorno y se espantó la mula con los gritos creyendo con este incidente un duplo la confesión y la batatola.—«Eso no es rason—Déjalo, no vez que es un cursi? Colegiata...»—«Esa maldita zea...»—«De estos malos zombros no hay ná que espera»

—Que jasemoz, on José? —Que zazonbra la bestia. —Jay chiquillo, que julepe te está ganando. —Zuelta el látigo. —Ezo ez palique. —Zeñorez que no noz entendemo. Por último, un calesero cano, con la cara hecha un *via crucis*, y el ojo encendido, impuso silencio, poco menos que á palos, me apartó del corro, me apretó la mano, arrugó el entrecejo, se tiró el calañés para adelante, y con cierto misterio, á lo carlista, me dijo entre dientes: «— Delez zumersé algo... que al fin y al cabo...elloz jan perdió loz marchantez... y...muchachoz acá, que el Zeñor ez un mozo regular del tó, y dará pá una gotera. — « Todos aprobaron por voto unánime, y yo recordando que *mas vale mal ajuste que buen pleito*, entre alegre y temeroso, les di medio duro, y casi me molestaron tanto con sus cortesías, y sus ofrecimientos, y sus apretones de manos, como con su anterior pelea. Retíreme en fin, haciendo propósitos de ser mas cauto, y de guardar otra vez distinta conducta; pero al día siguiente una circunstancia nueva y desconocida vino á llenarme de confusiones, destruyendo las bases y principios que me habia formado para ajustar una calesa, circunstancia que si este artículo no te ha fastidiado, podrás ver en otro que le seguirá.

J. GIMENEZ—SERRANO.

REVISTA DE TEATROS.

MES DE FEBRERO.

Si fuera un periódico político nuestro SEMANARIO, al principiar la crónica mensual de los teatros de la Corte diríamos, sin temor de ser contradichos, que estos, como la sociedad, están en la anarquía; y así es en efecto. Dos solas piezas nuevas y una traducida, se han dado en este mes, cada una de ellas corresponde á un género diferente, tiene diversa índole, y forma, por decirlo así, una escuela aparte; y sin embargo, todas han sido aplaudidas, todas se han repetido, lo que prueba en nuestra opinion, la carencia absoluta de un gusto fijo y delicado. De otro modo, seria imposible que en un mismo teatro se representasen, y fuesen aplaudidas por un público, que casi puede decirse que es el mismo, comedias que merecen todo el aprecio de las personas inteligentes, y dramas espantosos y ridículos, que no sabemos como hay hombres que ocupen su tiempo en traducirlos, autores que se encarguen de representarlos, ni público que pase tranquilamente tres mortales horas viendo y oyendo semejantes mamarrachadas. Pero entremos ya en materia, pues aunque el mes ha sido corto, corto es tambien el espacio que nos queda, para que nos entretengamos en preámbulos.

En el TEATRO DEL PRINCIPE, se ha dado con repetido y merecido aplauso muchas noches seguidas, la hermosa comedia del Sr. Gil y Zárate, *Cecilia la ciegucecita*. No haremos seguramente el análisis de la pieza; baste saber, que el excelente autor de ella, á la par que despliega en esta composicion todos los mas

tiernos sentimientos, los mas elevados conceptos, en una versificación hermosísima; al mismo tiempo que enlaza la accion con notable maestría, y sin incidentes y ripios dramáticos, tan en moda ahora, y que tanto destruyen el interés de la fábula; al paso que observa en lo posible las reglas teatrales, ha tenido por objeto en su drama presentar una verdad y una leccion moral, y lo ha verificado de un modo sorprendente. Una ciega abandonada por sus parientes, que han usurpado sus bienes, gana honradamente la vida, acompañada de un hermanito suyo, cantando y tocando la vihuela por las calles; entra en casa de un abogado, tutor de una linda jóven, de quien está enamorado; se queda allí, y el honrado legista la acoje y defiende sus derechos. La bondad de aquel hombre cautiva el corazón de la ciegucecita, al paso que el de su bienhechor es desgarrado por la ingratitud de la pupila, que le abandona por casarse con un jóven calavera, y prendada solo de su exterior. El anciano gana el pleito de la pobre ciega, se casa con ella, y los jóvenes no llegan á realizarlo.

Véase, pues, con qué delicadeza está presentado el contraste de una pasión sensual y fundada en los falsos atractivos de la sociedad, con un amor puro, sincero, hijo de los afectos del corazón de una infeliz, que solo en las acciones de su bienhechor puede fundar su juicio, y ellas solas inspirarle el acendrado cariño que le profesa.

Basta leer la comedia del Sr. Gil y Zárate, para conocer á qué escuela pertenece, en qué fuentes ha bebido, de dónde ha adquirido la maestría en el arte de conmover que tanto le distingue. El interés de la comedia no decae ni un solo momento; los caracteres bien trazados y sostenidos, escitan constantemente la atención del espectador, y el de *Cecilia* en especial es un modelo. No hay en toda la composicion un pensamiento que sea falso, que no sea elevado, digno del objeto moral que el autor se propuso al escribirla.

Si es grande el mérito de la pieza, no es menor el de los actores que la han desempeñado, en especial la Sra. Matilde Díez, encargada de la parte de *Cecilia*, y en la que ha estado inimitable. Su hermosa y dulce voz, recitando los tiernos y sonoros versos del Sr. Gil y Zárate, con una irresistible ternura y sentida pasión, han arrancado al público abundantes lágrimas, prueba nada equívoca del efecto que en él produccion los pensamientos, y el modo de espresarlos del autor y de la Matilde; pues cuando vierten lágrimas los ojos, se halla conmovido el corazón.

Bien quisiéramos citar muchos de los hermosos versos de la pieza de que hablamos, pero la eleccion seria difícil, y nos falta espacio: sin embargo, solo como muestra pondremos aquí los que con tanta ternura pronuncia la Sra. Díez en el acto tercero, al descubrir á su protector la pasión que le ha inspirado.

D. JUAN. ¿Yo amado? ¡Vana quimera!

CECILIA. ¿Vana? Y bien... Si se os dijera
existe en la tierra un ser
que, nacido á padecer,

nunca dichas conociera;
que ha días sufriendo se halla
ese dolor que os aqueja,
y mientras a vos la queja
siquiera os alivia, él calla,
y oculta en su alma le deja:
un ser que rogaba al cielo
quita-se toda esperanza
a su mas ferviente anhelo,
con tal que os diera en el suelo,
dichas mil y bienandanza...
Si se os dijera, Señor,
que, espuesto a vuestros enojos,
en sus estremos de amor
se deshonró a vuestros ojos
por ahorraros un dolor...
D. JUAN. ¡Qué oigo, oh Dios!

CECILIA. Y si además
ese ser tan desdichado,
cuyo amor no se ha mostrado
ni se ha cansado jamás,
se hallase aquí, a vuestro lado;
y pronto á participar
de vuestra pena y quebranto,
pronto con vos á llorar,
aceptando sin pesar
la mitad de vuestro llanto;
en su ardorosa pasión
su existir os consagrara,
y á vuestros pies demandara
restos de ese corazón
que otra ya despedazara.

Esta linda comedia, es un nuevo florón añadido á la corona poética del distinguido y modesto autor, y ella sola, sino tuviera ya otros títulos, bastaría para colorearle como el primer poeta dramático de nuestros días.

Después ha dado el teatro del Príncipe uno de esos dramas monstruos, que tan desacreditados se hallan en el día. Hablamos de la *Posada de la Madonna*, en que tanto abundan las muertes, los horrores, y todo el terrible aparato con que los dramaturgos franceses engalanan sus informes engendros para llamar la atención del público de los teatros de los arrabales de París. No faltó sin embargo quien aplaudiera, porque nunca falta tampoco lo que dijo el satírico francés, *un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire*; pero aun aconsejariamos sin embargo á la empresa que escogiera mejores traducciones, pues no faltan en el repertorio dramático francés piezas que ni chocan con el sentido común, ni repugnan á nuestras costumbres.

La otra novedad teatral durante este mes, ha sido el drama representado en el teatro de la Cruz, *La Judía de Toledo*, obra del joven D. Eusebio Asquerino. Los hermosos versos de la tragedia del Sr. Huerta, la Raquel, *Toda júbilo es hoy la gran Toledo* etc., son por decirlo así populares en España, y no es poco arrojo en un autor novel, el entrar en competencia tomando por asunto de su drama, el que dió lugar á aquella tragedia. Verdad es que el moderno autor ha variado el enlace, alterado los caracteres, y modernizado, por decirlo así, el language; ¿pero ha acertado en ello, ha conseguido inspirar mayor interés en sus personajes? ¿ha conservado en los caracteres, en los sentimientos y el language, el sello particular de la época á que se refieren? En nuestro concepto no, pues aun alterando como lo ha hecho la historia, no ha dado unidad á sus caracteres, ni ha

puesto en boca de sus personajes palabras adecuadas á los sentimientos dominantes en aquella época, y que distaban seguramente mucho de los que espresa el hermano de Raquel, cuando al preguntarle la Reina de qué derecho se valdria para frustrar sus intentos, dice:

Del mismo derecho

de todos los Reyes:

esto es, de la fuerza.

versos que parecen prosa, y que de ningún modo espresan los sentimientos de aquellos tiempos, sin que por eso neguemos que el Sr. Asquerino ha hecho algunos muy buenos en su drama, aunque abunda demasiado en él la poesía lírica, al paso que decae en los diálogos y en el enlace y movimiento que debe haber en la acción. El Señor Asquerino ha querido imitar en parte á nuestros antiguos autores dramáticos y á ella ha arreglado su poesía, sin reparar que si en las comedias de Calderon y Lope de Vega, se oyen con gusto las largas relaciones en hermosos versos, es porque se sabe antes que son comedias de enredo, como se las llama, y no dramas modernos en que el espectador, si bien gusta de la buena poesía, quiere sentimientos y pasiones fuertemente espresadas, y sobre todo que la acción marche al objeto principal, sin floreos, que podrán probar facilidad de versificar en el poeta, pero que distan mucho de satisfacer la impaciencia del espectador. Léase sino el drama del Sr. Asquerino, y se verán hermosos versos, pero también en ellos descripciones y pensamientos que en nada eran precisos para la marcha de la fábula. En esto creemos que consiste el principal defecto de la obra del Sr. Asquerino; es en nuestro concepto imposible, ó muy difícil al menos, amalgamar el drama moderno con el antiguo, y hermanar la clase de poesía que nuestros antiguos poetas empleaban, con la que los modernos dramas exigen. Aquellos sembraban de hermosas flores el campo lozano en que trabajaban; ahora se cultiva un terreno ingrato, y en vez de flores que no prenderían en él, deben sembrarse de abrojos y malezas, pero con orden y regularidad, y dando á su fealdad toda la hermosura posible. Entonces gustaban los sentimientos delicados, espresados en suaves y armoniosos versos; ahora, no diremos que con razón, se desean pasiones fuertes, espresadas en conceptos fuertes también.

La ejecución ha sido muy descuidada, y se resienta del disgusto con que algunos actores trabajaban. Además la Señora Valero ha contribuido poco al desempeño, recitando con el martilleo que acostumbra, los versos del autor, que necesitan mucha pasión y calor, mas sentimiento que el que emplea aquella actriz. La Señora Lamadrid (Doña Bárbara) se penetró bastante del papel de reina que desempeñaba, pero el carácter es malo, y sus esfuerzos no podían mejorarlo. También el Sr. Latorre desempeñó su papel con frialdad, y hasta en la parte material padeció algunos descuidos que no son disculpables en un actor que tanto conoce las conveniencias teatrales; tal es la irregularidad de presentarse con tupé y pelo cortado como en el día, un judío del siglo XII.

DAVRED.

MADRID—IMPRESA DE D. F. SUAREZ, PLAZ. DE CELENQUET, 3.